

El Tártaro, poco después de la llegada de la medianoche...

Badwhiz Starheart corría apresuradamente por los deteriorados pasillos que conducían a una de las torres de vigilancia de la gran prisión. Había recibido la orden urgente de Balor de reunir a todos los Caballeros del Orden en la sala de guerra. Consciente de la importancia de la tarea que llevaba a sus espaldas, no se había detenido ni un instante para tomar aliento, completamente decidido a cumplir cuanto antes con aquella misión.

Hasta ese momento, localizar a Morrigan, Ceridwen y Mannah había resultado sencillo. Sin embargo, encontrar a Taranis se estaba convirtiendo en un desafío frustrante. Este último, tras haber tenido un duelo contra Danu horas atrás, no se encontraba en la sala médica donde lo había dejado, ni en sus aposentos, donde solía descansar.

Sin más pistas, Badwhiz había consultado con la misma Balor, quien solo le indicó que Taranis estaba cerca de una de las torres exteriores.

Guiado únicamente por esa vaga dirección, Badwhiz había recorrido apresuradamente el largo camino hasta llegar allí.

Finalmente, después de subir una escalera en espiral, el joven poni se encontró con la puerta al exterior de la torre, abierta de par en par. Sin perder un segundo, cruzó el umbral apresuradamente.

Afuera, iluminado por la pálida luz de la luna, se extendía un desolado mirador sin barandillas.

Aunque ya lo había imaginado mientras subía, el sentimiento de desasosiego que lo invadió al llegar allí lo tomó por sorpresa. No había ningún rastro de su objetivo.

"¿Habrás salido sin permiso otra vez? ¡Justo ahora! ¡Ay, cascos! ¿Cómo le explicaré esto a Lord Balor?" murmuró Badwhiz, angustiado, mientras miraba el fondo del valle desde el borde del mirador.

La volcánica superficie del Tártaro se desplegaba hasta donde alcanzaba la vista. Hileras de fumarolas y géiseres rompían el paisaje, abriéndose paso entre lagos ácidos y profundas fallas geológicas. En medio de ese desolador páramo, un sinuoso camino, que apenas merecía llamarse tal, se distinguía borroso a la distancia. Si alguien intentaba huir de aquel lugar, ese sendero sería la única vía de escape segura.

Claro que esto solo aplicaba para quienes dependían de caminar. Para aquellos que dominaban el aire, la situación era completamente distinta...

Desde el mirador, Badwhiz alzó la vista, estudiando las nubes del valle en busca de cualquier señal de su mentor. Lord Taranis —o simplemente Taranis, como prefería que lo llamaran— era un maestro del aire. Difícilmente alguien lo encontraría caminando por un sendero tan terrenal. Por eso, Badwhiz enfocó su atención en el cielo, donde parecía más lógico hallarlo.

Sin embargo, la altura del mirador comenzaba a jugarle una mala pasada. Poco a poco, su mirada se desvió hacia las afiladas púas que sobresalían del abismo bajo la torre. Estas relucían bajo la luz de la luna, brillando como dientes amenazantes.

El joven poni tragó saliva, sintiendo cómo el miedo al vacío crecía dentro de él. Desde esa altura, una caída sería fatal. Aunque su armadura incluía alas mecánicas que podía usar para evitar algo así, no tenía

el instinto natural de un pegaso ni la confianza suficiente en sus habilidades de vuelo (aún recientes y torpes en su opinión) para hacerlo.

"Quizás debería gritar desde más atrás... Lord Taranis seguramente me escuchará si hago eso" murmuró Badwhiz, intentando convencerse de que era la solución más sensata. Tembloroso, retrocedió unos pasos, alejándose del borde traicionero.

Entonces, sin previo aviso, como el manotazo de un gigante, una ráfaga de viento lo empujó por la espalda.

Antes de que pudiera reaccionar, el suelo bajo sus cascos había desaparecido, y por un instante se encontró flotando en el aire antes de comenzar a precipitarse al vacío.

"¡Hee! ¡Heeeeeeeeeeeeeeeee!"

Tardío fue el grito de Badwhiz que agitaba sus alas con desesperación, tratando de ganar impulso para regresar al mirador. Pero sus movimientos eran torpes y el suelo afilado, con sus púas letales esperándolo en el fondo, estas se acercaba con espantosa rapidez.

Sin embargo, cuando el impacto parecía ya inevitable, un nuevo viento surgió de la nada, envolviéndolo con fuerza y elevándolo de vuelta hacia la torre. Como si hubiera rebotado sobre una invisible colcha de aire, ascendió rápidamente, recorriendo toda la altura desde la que había caído.

Para su asombro, aterrizó justo en el mismo lugar donde antes había estado observando el valle.

"¿Qué...? ¿Cómo...?" balbuceó Badwhiz, con el corazón latiendo con fuerza, incapaz de comprender lo que acababa de suceder.

"Niño, necesitas practicar más tu vuelo. Planear está bien, pero puedes hacer mucho más con esas alas".

La voz que resonaba detrás de él era inconfundible. Badwhiz se volteó de inmediato, encontrándose cara a cara con una figura imponente: una criatura que parecía la fusión de un toro y una serpiente. Estaba desnudo, pero eso no le restaba autoridad ni presencia. De hecho, la luz de la luna, combinada con las vendas desgarradas que cubrían parte de su cuerpo, acentuaba la sombra intimidante del guerrero.

Frente a Badwhiz se hallaba Lord Taranis, caballero del orden y portador del elemento del orgullo.

Badwhiz, aunque aliviado de haber encontrado a quien buscaba, no era capaz de expresar su alegría. Aún estaba sin aire y sin palabras tras su inesperado aterrizaje.

"No pongas esa cara, niño. El esfuerzo vale la pena. Imagina al viento como tu compañera en un baile. Deja que te guíe al principio, luego enróllala hacia ti... haz que se mueva a tu ritmo", dijo Taranis, mientras movía sus extremidades y su larga cola con un equilibrio casi hipnótico. Su tono despreocupado contrastaba con la seriedad del joven Badwhiz, pero también dejaba entrever el buen humor que comúnmente mostraba.

"Haaa... Lord Taranis... Lord Balor lo convoca... a la sala de guerra de inmediato...", logró decir finalmente Badwhiz, aún respirando con dificultad.

[---]

Caminando por uno de los pasillos secretos dentro del Tártaro...

Badwhiz, acompañado del recién ubicado Taranis, avanzaba hacia la sala de guerra.

Taranis, ahora vestido con su imponente armadura de guerrero, flexionaba sus musculosos brazos mientras avanzaba con aparente relajación. Aunque sentía algo de tensión en los codos, no le daba importancia. El entrenamiento con Danu había sido tan poco fructífero como siempre. No quería participar esa vez, pero Mannah había insistido con tanta vehemencia que terminó por convencerlo. A pesar de las repetidas súplicas de Mannah de que tratara el combate como un duelo real, Taranis no podía tomárselo como tal. Para él, entrenar no era lo mismo que pelear en el campo de batalla, del mismo modo que leer una receta no era igual a preparar el plato de comida en la cocina.

Este último pensamiento despertó una chispa de una idea en su mente.

"¡Oye, niño! ¿Te sientes cansado? ¿Qué tal si, antes de ver a Balor, pasamos un momento por la cocina? Creo que Morrigan todavía tiene algunos buñuelos de alma-vainilla en la despensa..."

"¡Hee! ¡No, no! Muchas gracias por su ofrecimiento, Lord Taranis, pero no creo que sea el momento oportuno para algo así. Lord Balor tiene mucha urgencia en que se reúna con los demás cuanto antes", respondió Badwhiz de inmediato, su tono mezclando respeto y una evidente fatiga por lo avanzado de la hora.

"¡Ja, ja, ja! ¡Qué serio eres! Me gusta, pero deberías relajarte un poco más. Bueno, ¿y si vamos primero a las duchas?"

"Por favor, no siga con sus ofrecimientos, Lord Taranis. Recuerde que es un caballero y tiene la obligación de cumplir con las órdenes."

Taranis se detuvo en seco, su expresión cambiando drásticamente a una mirada severa.

"¿Me estás diciendo que no cumplo con mis deberes?"

Badwhiz palideció, retrocediendo un paso mientras levantaba la voz en un tono nervioso.

"¡No! ¡No quise decir eso! ¡Disculpe, Lord Taranis! ¡No fue mi intención ofenderlo!"

Al ver al joven inclinarse profundamente en busca de perdón, Taranis dejó escapar una sonora carcajada. La severidad en su rostro desapareció tan rápido como había llegado.

"¡Ja, ja, ja! Tranquilo, niño. Solo estoy jugando contigo. Me haces mucha gracia, ¿sabes?"

Badwhiz alzó la mirada, todavía confundido, pero comenzó a notar el tono bromista de su compañero.

"De verdad te pareces mucho a Danu, niño", añadió Taranis con una amplia sonrisa.

"No creo parecerme mucho al gran señor feudal, Lord Taranis", respondió Badwhiz con timidez, sospechando que su maestro volvía a burlarse.

"Ah, cierto, no como ahora. Pero él no siempre fue el gran señor feudal de Cunabula. Tan serio y rígido... Yo lo conocí cuando tenía tu edad. Créeme, no era tan distinto de ti en aquel entonces. Eran buenos tiempos...", dijo Taranis, soltando un suspiro y levantando la mirada hacia el techo.

Badwhiz lo observó con extrañeza. Las palabras de Taranis lo llenaban de curiosidad. Era difícil imaginar a alguien tan imponente como Danu (el líder de los caballeros del orden) siendo joven... ¿y parecido a él?

Sumido en sus pensamientos, Badwhiz apenas percibió el cambio en el ambiente hasta que una voz potente lo sacó bruscamente de su ensimismamiento.

"¡Eh! ¡Deja de soñar despierto! Vamos de una vez a la sala de guerra", exclamó Taranis al potro. Con un movimiento de su cola, invocó un viento que lo envolvió y lo impulsó a toda velocidad por el pasillo, dejando atrás a un desconcertado Badwhiz.

Alarmado ante la posibilidad de ser acusado de poco diligente si no lograba seguirle el ritmo, Badwhiz desplegó sus alas apresuradamente y salió volando tras Taranis. Así, después de atravesar el pasillo, doblando esquinas con torpeza y esquivando columnas por un pelo (estuvo a punto de golpearse contra las paredes al menos tres veces). Finalmente, agotado y con el corazón latiendo a toda velocidad, alcanzó a Taranis frente a las imponentes puertas de la sala de guerra.

Taranis lo esperaba con los brazos cruzados y una postura que irradiaba arrogancia.

"Gané. ¿Crees que debería informar al resto de mis camaradas sobre este 'espectáculo'?" preguntó con una sonrisa burlona en los labios.

"Por favor, no", respondió Badwhiz, jadeando y algo pálido.

"¡Ja, ja, ja!", rió Taranis, visiblemente divertido. Sin embargo, su risa se cortó cuando las puertas de la sala de guerra se abrieron con un crujido profundo. En el umbral apareció una figura alta y amenazante, con una silueta similar a la de un dragón.

Balor, con su habitual mirada fría, emanaba una tensión palpable que parecía llenar el aire. La atmósfera se volvió pesada al instante. Taranis, siempre alerta, ajustó su postura, poniéndose en guardia.

"Llegas tarde, Taranis. Pero me alivia verte aquí finalmente", dijo Balor en un tono bajo, cargado de intención.

"Mis disculpas, Balor. Necesitaba despejarme un poco después de mi entrenamiento con Su Excelencia", respondió Taranis, con una leve inclinación de cabeza.

"Está bien. Entra", dijo Balor, empujando las puertas con calma y abriéndole así el paso a su compañero.

Dentro, el interior de la sala de guerra estaba sumido en penumbras, iluminado apenas por un grupo de velas ornamentales dispuestas sobre la mesa de reuniones y las débiles luces que colgaban del techo. A pesar de toda esa oscuridad, los ojos entrenados de Taranis distinguieron las siluetas de varios compañeros ya reunidos en sus asientos. Sin embargo, algo en la atmósfera no se sentía correcto.

Con una expresión seria, Taranis dirigió una mirada inquisitiva hacia Balor, como si intentara descifrar el origen de aquella tensión latente. Balor, sin embargo, no reaccionó y desvió su atención hacia Badwhiz.

"Niño", dijo Balor con un tono firme pero neutral, "ve a la despensa y trae bebidas para nosotros, además de algunos bocadillos. Ah, y date una ducha antes de volver. Tienes 30 minutos, no menos".

"¡Sí, de inmediato!" respondió Badwhiz con voz firme, cuadrándose por reflejo. Sin embargo, antes de marcharse, lanzó una mirada furtiva a su maestro. La tensión en el rostro de Taranis, quien ingresaba a la

sala de guerra en un ritmo deliberadamente apresurado, no pasó desapercibida para él.

Con el corazón inquieto, Badwhiz se giró y salió rápidamente, dejando atrás a su maestro y a Balor, sumidos en una penumbra cargada de incertidumbre.

[---]

Transcurrió el tiempo exacto indicado. Badwhiz se había bañado, preparado las bebidas y colocado los bocadillos en una bandeja de plata. Ahora, con la bandeja equilibrada en su lomo, se encontraba nuevamente frente a las puertas de la sala de guerra.

Antes de que pudiera tocar la puerta, esta se abrió sola, como si lo invitara a entrar. El interior seguía envuelto en penumbras, por lo que Badwhiz encendió la luz del cuerno de su armadura, proyectando un suave resplandor para avanzar con cautela.

Al cruzar el umbral, la tensión en la sala lo golpeó como una ráfaga helada. En torno a una mesa circular, seis asientos estaban ocupados por los Caballeros del Orden, todos excepto Danu y Taranis. Frente a ellos, un espejo circular proyectaba imágenes que iluminaban débilmente el espacio. A pesar de la curiosidad que esto despertaba en Badwhiz, optó por no hacer preguntas y comenzó a repartir las bebidas con discreción.

Los caballeros permanecieron en silencio, sin recibir las bebidas directamente. Badwhiz simplemente dejó las tazas en la mesa. Algo en la quietud inquietante de la sala lo perturbaba; nunca había sentido un ambiente tan cargado durante una reunión.

Todos los presentes tenían los ojos fijos en las imágenes reflejadas en el espejo.

Al terminar de repartir las bebidas y dejar la bandeja de bocadillos a un lado, Badwhiz se colocó junto a la silla de Balor, esperando nuevas instrucciones.

"¿De verdad crees que tu hermano llegará al poder?" rompió el silencio Morrigan, su voz clara y cargada de una sutil burla, mientras dirigía una mirada afilada a Mannah.

"Es el candidato más indicado, dada la crisis actual. Ni el consejo ni el templo podrán oponerse", respondió Mannah sin apartar los ojos del espejo.

"No lo tengo tan claro", replicó Morrigan, ladeando la cabeza. "El rey aún conserva muchos partidarios, y el 'Gran Primado' tiene el respaldo del Gran Patriarca. Si ese fuera el caso, el 'Gran Primado' sería..."

Morrigan no alcanzó a terminar sus palabras. Balor la interrumpió con calma tras un sorbo de su bebida.

"La peor opción en este momento", concluyó, su tono seco. Sin apartar la mirada de Mannah, añadió: "Pero eso es adelantarse. Morrigan, espera a que esto termine antes de sacar conclusiones".

Morrigan lanzó una mirada cargada de desafío a Balor, pero este permaneció impassible, ignorándola.

"Presten atención, está por empezar", ordenó Ceridwen, llamando a todos al silencio.

Las imágenes en el espejo comenzaron a moverse, y Badwhiz, que nunca había visto antes este dispositivo, empezó a comprender que eran proyecciones de un lugar distante, aunque no podía identificar dónde.

El espejo emitió un leve zumbido, como si intentara sintonizarse: "Bzzz... Concilio de Cunábula... miembros del templo... bzzz". Finalmente, las imágenes se estabilizaron, revelando un gran anfiteatro. Sus asientos blancos y dorados rodeaban un imponente podio de plata. La atmósfera estaba cargada de expectación, y todas las criaturas presentes, parecidas a los Caballeros del Orden, observaban en silencio, aguardando al próximo orador.

Badwhiz, contagiado por la tensión, agudizó su vista y oído.

Tras una ovación y un instante de silencio sepulcral, una figura envuelta en una capa negra emergió de las sombras y avanzó con rapidez hacia el centro del podio. Allí, se detuvo y escaneó a los presentes con una mirada penetrante.

Cuando sus ojos que brillaban en la oscuridad de sus tunicas se encontraron con los de Badwhiz a través del espejo, un escalofrío recorrió el cuerpo del joven poni casi de inmediato. Instintivamente, apartó la vista, sintiendo un miedo inexplicable. ¿Cómo podía ese ser haberlo visto? Intentó tranquilizarse, diciéndose que solo miraba hacia el otro lado del espejo, pero la inquietud persistía.

Con cautela, Badwhiz volvió a mirar. Para su horror, la figura seguía observándolo.

Por un instante, entre la neblina borrosa de la proyección, creyó ver cómo la figura esbozaba una sonrisa.

Entonces, como si el espejo cobrara vida, extremidades similares a brazos emergieron de la capa negra. La entidad se quitó la capucha, revelando su verdadera forma.

Badwhiz contuvo el aliento. La criatura era monstruosa a sus ojos, y el aire en la sala de guerra se volvió aún más pesado. Incluso los Caballeros del Orden, acostumbrados a todo tipo de horrores, parecían sorprendidos.

Balor apretó sus garras contra el borde de la mesa, su mirada fija en la figura.

"¡SALUDOS, HABITANTES DE CUNÁBULA!", proclamó la entidad con una voz estruendosa. "NO TEMAN, HE VENIDO A USTEDES CON UN MENSAJE DE PAZ".

Aunque sus palabras podían parecer conciliadoras, en boca de aquella criatura sonaban tan vacías como cenizas al viento.

En un rincón de la sala, Taranis observaba en silencio. Aún afectado por la noticia de que el Rey había abdicado esa noche, mantenía la vista en la noble bandera de Cunábula que colgaba de la pared. Al percibir la conmoción de sus compañeros, giró hacia el espejo.

Al reconocer la figura que allí se proyectaba, una expresión de odio puro cruzó su rostro.

"Maldito emisario de medianoche", murmuró con rencor.

Aunque sus palabras fueron apenas un susurro, resonaron en la sala cargada de tensión. Nadie se atrevió a contradecirlo, pues todos compartían el mismo sentimiento contra aquel ser que había profanado el orden que tanto amaban.